

15. Samaritana trashumante

Organización asistencial

 En los capítulos anteriores, hemos apreciado los denodados sacrificios que la Señora Mercedes Guerra hizo durante las epidemias de los años 1867 y 1871.

Pero, además de las enfermedades comunes, que ya de por sí requieren atenciones médicas y asistencia de las enfermeras, nunca faltaron en los años siguientes enfermedades graves: tifus y tifoideas, brotes endémicos o enclaves infecciosos. Los numerosos conventillos, en los que se amontonaban los pobres del país y los inmigrantes foráneos, por su hacinamiento, por el agua contaminada, por la poca higiene, por los alimentos no debidamente conservados... eran focos de enfermedades infecciosas.

Ahora, ya no estaba sola la Señora Mercedes en la atención a los enfermos. Ahora, con la gracia de Dios y con su simpatía, había cautivado a un grupo de colaboradoras, quienes, para servir mejor a Dios y

al prójimo, tomaron los hábitos religiosos y ya hicieron la profesión de los votos. Son, pues, religiosas consagradas al amor de Dios y al servicio de los más necesitados.

Si en toda empresa la organización es absolutamente necesaria, para evitar desperdicios de tiempo, lugar, dinero, productos..., encauza las energías y las capacidades y multiplica los bienes, en el campo de la salud es mucho más importantes por la delicadeza de la persona asistida, por el imperativo de los estudios médicos, por la responsabilidad de los enfermeros, por la vigilancia en la administración de las medicinas.

Un breve capítulo de los Estatutos Fundadores nos arroja raudales de luz sobre el trabajo asistencial de las Hermanas, bien organizado y bien orientado. Invitamos al lector a leerlo y releerlo:

"En fuerza de la propia Institución, todas las Hermanas del Conservatorio sean enfermeras gratuitas. Por lo mismo, nunca debe faltar en el Conservatorio una Enfermera Principal que, de acuerdo con la Rectora, tenga la dirección y la inspección acerca de los enfermos dentro y fuera de casa.

"Por eso, la Enfermera Mayor recorre y visita por sí misma y por otras Hermanas lechos y sitios de dolor, distribuye la asistencia y provee que, en el inminente peligro de muerte, alguna enfermera pase la noche a la cabecera del paciente, ella misma asiste a algunos enfermos, pide e indica a la Rectora que tales o cuales enfermeras en servicio deben ser asociadas y auxiliadas por otras Hermanas, aunque sean

novicias, por modo de aprendizaje del propio oficio y procura conocer del médico el estado del enfermo. Oportunamente, cuando no hay quien lo haga, solicita los sacramentos y demás oficios religiosos, que preceden al fallecimiento del paciente.

"Esto que la Enfermera Mayor dispensa a sus propios pacientes en vida y en muerte, lo practican igualmente todas y cada una de las otras enfermeras. Aquí queremos llamar la atención de toda Hermana enfermera en ejercicio para que, al mismo tiempo que trabaja por la salud material de los enfermos, trabaje y se esfuerce discretamente, y aún más, por la salud eterna".

Lobos y su Hospital

En el año 1884, la pequeña ciudad de Lobos (Bs. As.), ubicada en la ubérrima pampa húmeda, comenzó a sufrir los primeros síntomas de esos azotes endémicos e infecciosos. Para proteger a los habitantes, las Autoridades Municipales tomaron dos decisiones importantes: primera, fundar un Hospital; segunda, acudir a la Sociedad de Beneficencia, que ya atendía Asilos, Hospitales y Colegios en muchas partes del país... a brindar su colaboración, dada su experiencia y dadas sus numerosas relaciones con los distintos Ministerios de Gobierno.

Por su parte, la Sociedad de Beneficencia, que ya había estrechado amistosas relaciones con la Madre Mercedes, tanto que apadrinó un premio para ella, le pidió su cooperación, tanto para atender a los

enfermos de Lobos como para vigilar que el Hospital sea construido para Hospital, con sus repartos específicos, y no para casco de estancia.

La Madre aceptó y, según las normas de la vida religiosa, solicitó que le acompañara alguna religiosa.

Desde ese momento, la Madre tuvo que dividir su tiempo entre sus tareas de Rectora de las Hermanas Franciscanas y sus actividades en Lobos. Esa discontinuidad de tiempos y lugares no era beneficiosa ni para el gobierno de la Congregación ni para la formación de las nuevas postulantes; pero las urgencias sanitarias la reclamaban y ella vivió en todo eso la voluntad de Dios y la acató.

Pero actividad tan exigente y absorbente, la iba desgastando. Ella misma, en una carta al Arzobispo, le manifestó *"el mucho deterioro de su salud"*.

Como en la vida de cualquiera de nosotros, no faltan inconvenientes, infortunios, problemas, lágrimas, lutos..., así sucedía con Madre Mercedes.

Gracias a la colaboración de dos hermanas: Juana Cascallares y Dominga Cascallares, se había proyectado la construcción de la iglesia en Lobos. Lamentablemente, esas dos damas que eran como dos pilares, murieron el mismo día. He aquí el relato de la Madre en una carta dirigida a su sobrina, Josefa Gregoria Riesco de Roca:

"Mi queridísima sobrina: tengo el mayor gusto de saludarte y saber que has recibido mis cartas. Yo he estado en Lobos, donde hemos tenido la desgracia de perder a la Presidenta de la Sociedad de Bene-

ficencia de Lobos, que era la segunda madre de nuestra casa. Esta Señora era Doña Juana Cascallares, hermana de Doña Micaela Cascallares de Paz. Esta muerte nos ha traído un conflicto muy grande y ha tenido muchos sucesos que lamentar. Su hermana Doña Dominga Cascallares se enfermó en un solo día, ella aquí y Doña Juanita en Lobos. Hacíamos grandes proyectos para levantar nuestra iglesia en Lobos. Las dos hermanas han muerto de una misma enfermedad y en el mismo día: una a las 8 de la mañana y la otra a las 8 de la noche..."

Para aliviar un tanto el dolor provocado por esas dos graves pérdidas, para volver a respirar aires más saludables y disfrutar de mejor clima y para reafirmar los cariños familiares, la Madre viajó a Córdoba. Después de tantos años, Mercedes y los familiares se abalanzaron en fuertes abrazos y sonoros besos. Pero había muchas ausencias. Pues bien, para los vivos, las alegrías del encuentro; para los difuntos, lágrimas y oraciones.

Pero, en la ida a Córdoba, había un motivo particular. La sobrina le hablaba de una fundación en Córdoba. Esa iniciativa engolosinó mucho a la Madre Mercedes, la cual le contestó así: *"Podré ir con tres Hermanas por un año para instalar la casa, si allá hay pretendientes, que puedan tomar el hábito. Nosotras, teniendo casa aparte, podríamos cuidar de los enfermos en el Hospital y al mismo tiempo servir al público a domicilio..."*

La iniciativa era estupenda y con el tiempo se llevó a cabo. Mientras tanto, surgieron otros graves contratiempos, que había que vigilar.

La vuelta de Córdoba no fue muy feliz. Una fuerte helada le trajo "serios trastornos de salud".

En el mes de noviembre, viajó con urgencia a Lobos para asistir a la Hermana Fermina, "que yacía en cama hacia cuatro días con una gran inflamación del vientre", mientras ella comenzó a sentir los reiterados achaques de su pertinaz reumatismo "con la mano muy hinchada y pegada, que la invalidaba casi para todo...".

Lazareto de Chascomús

Los días cálidos y húmedos de fines del año 1886 y principios de 1887 fueron agobiantes y, en muchos casos, fatales para buena parte del país. El vibrión cólico, fomentado por los días estivales, se multiplicaba en las aguas estancadas, en los pantanos, en los pozos ciegos... y acosaba día y noche a la población.

El Gobierno comprendió plenamente la gravedad del flagelo. El mismo Sarmiento fue nombrado Presidente de la Comisión Nacional de Auxilio.

Como era de esperar, el Gobierno de Buenos Aires llamó en su ayuda a las ya conocidas y prestigiosas enfermeras franciscanas, las que, aunque pocas en número, acudieron a la cabecera de los azotados por el terrible flagelo.

¿Sabían ellas que exponían su vida en ese heroico servicio? Sin duda, lo sabían desde el mismo momento en que habían secundado la chispa vocacional.



Los restos de la Madre fundadora descansan en la tumba que se ve en la foto y que se encuentra en la Capilla de la Casa Madre en la calle Guise en la Ciudad de Buenos Aires.



Otro Niño Jesús que perteneció a la Madre, vestido con ropas hechas por ella, está en el Museo "Mi Cuna", este nombre puesto por las hermanas, está asociado a que en él se resguardan cosas relacionadas con el nacimiento de la Congregación.

Pero, por encima de todo, ellas habían consagrado su vida al Señor. Y si el Señor las llamaba, era para que cumplieran generosamente sus compromisos.

Como solía hacerse en todas las ciudades, donde azotaba alguna epidemia, también las Autoridades de Buenos Aires se preocuparon de preparar una casa de aislamiento, o Lazareto, en Chascomús. Al mismo tiempo, solicitaron la colaboración de las Hermanas enfermeras, que al punto aceptaron. Y allí volvieron la Madre Mercedes, Sor Isabel y Sor Inés, a las que se unió Sor Verónica, pese a conocer los riesgos. Ellas no temían la muerte, sino que deseaban imitar a Jesús, quien dijo: *"No hay amor más grande que dar la vida por los amigos"* (Jn 15, 13).

A pesar de lo maltrecha que se hallaba la salud de la Madre, ellas cumplieron lo que estaba señalado en los Estatutos Fundacionales: *"Volar a todas partes, adonde el dolor del prójimo las llame, servirle en lo que ha menester, consolar su corazón, procurarle los auxilios de la ciencia y de la religión, según necesidad, cerrarle los ojos de la vida humana, llegado el caso, y no descansar todavía hasta entregar a la tierra sus yertos rostros, si hubiere necesidad"*.

El desempeño caritativo y lleno de comprensión y amabilidad les creó muchas simpatías entre las familias de Chascomús, las cuales, *"edificadas de la abnegación y caridad de las religiosas, manifestaron con vigor su anhelo de que se establecieran en Chascomús, fundando "un Asilo de Niñas", para lo cual ofrecían un terreno. Igual solicitud hacía el pueblo de Lobos"*.

Era una primera iniciativa, que, más adelante, tendría pleno éxito.

Carta de reconocimiento

Gracias a Dios y a las prevenciones sanitarias, a fines de enero de 1888, el flagelo estaba controlado. Y las buenas Hermanitas podían tomar el tren de regreso, llenas de alegría por la labor realizada y por las simpatías de la gente.

Llevaban consigo una carta de reconocimiento público de Ramón Milani, primer Intendente de Chascomús: *"Tengo el alto honor de dirigirme a la Reverenda Madre Directora, para significarle que la Corporación Municipal ha visto con sumo agrado los importantes y desinteresados servicios que tanto Ud. como las distinguidas Hermanas que la acompañaron, han prestado en el Lazareto de Coléricos durante la última epidemia, socorriendo a todas horas a los desgraciados enfermos, sin preocuparse del peligro y sí solamente de proporcionales bienestar.*

"Tan ejemplar conducta que ha merecido el aplauso y el reconocimiento de todo el Municipio, obliga la gratitud de esta Corporación. Y aun cuando esa digna Congregación religiosa no persigue otro objeto que llenar su caritativa misión, sin miras lucrativas, ha resuelto donar a su beneficio la cantidad de doscientos cincuenta pesos moneda nacional -bien exígua por cierto-, para que sean invertidos en cualquier obra pía de las tantas que tiene bajo su amparo y protección.

"Al transmitirle a Ud. el acuerdo Municipal, me es muy satisfactorio hacerle presente mi particular agradecimiento y saludarla atentamente".

Mientras la Madre Mercedes se entregaba tan heroicamente a servir a los enfermos, tanto que ella en una carta a su sobrina Gregoria Riesco de Roca le decía que *"las Hermanas estaban recargadas de enfermos"*, ella se despreocupaba de su salud que de vez en cuando hacía crisis, como lo expresa el 25 de abril de 1887 a la misma sobrina: *"Yo estoy en cama como resultado de una gran pulmonía que me ha tomado en vísperas de salir a Lobos, pues allá estaba una Hermana muy enferma y me llamaban para ver si la podíamos traer. Y amanecí muy enferma y sigo en cama. El objeto de esta carta es recomendarle a la Hermana. Lleva tu esta carta para que me hagas el favor de decirle al Dr. Duarte, a quien, como él se ofreció a servirme, me atrevo a recomendar a esta Hermana en el caso de que tuviese necesidad de hacer alguna consulta..."*

Bibliografía:

Castro, p. 278...